

La voz de la luna

Rogelio Laguna



Agosto 2008

A aquellos guerreros que hablaban con poesía

Huitzilopochtli

(hablando a un guerrero que sueña)

—Una ciudad para que nutras a tus hijos y alimentes a tus mujeres, una ciudad para hacer caminos subterráneos y edificaciones que hieran al cielo con su altura, una ciudad para que la llenes de palacios, de princesas delicadas, de nobles educados con poesía, de poetas-guerreros con corazón de jaguar y con alas de águila. Una ciudad bajo el cenit del sol, bajo la curva de la luna, bajo la red estelar de ancianos que nos miran desde las profundidades oscuras del infinito.

Se poblará de hombres bronceados como el cosmos, que se guíen por las nubes, que mantengan su vida alineada con los cantos del agua acantarada, que se cubran, al sonreír, de colibríes de veinte colores, los que perfuman el aire con los pies descalzos, fríos, de caminar por la planicie nevada de los sueños.

Que el agua rodee tu sueño, que los cascabeles arrullen a las serpientes que te vigilan cuando estás desprevenido, que las cigarras caminen por tus pies cansados y que tus palabras se queden grabadas en las piedras, en los círculos concéntricos de cal de tus templos y en las murallas fortificadas que protegen el fuego. Que el hielo en tus ojos cese el incendio en tu pensamiento, que las flores te devuelvan la vida todas las mañanas y las mariposas te muestren los campos fértiles.

Que la tierra se endurezca en las vasijas y que rellene las gritas de tus manos, que las aves canten a los elementos y los remolinos de aire evoquen tus heridas abiertas por encima de los bosques y los barrancos. Lenguas extrañas se abrirán paso hasta tu boca, levántese el polvo por encima de tu cintura y espinas coronen las muñecas de los sacrificados. Cierren y abran el atardecer los tambores redoblantes. Cambié de rostro la guerra de las flores a la faz de los volcanes, que el corazón del tiempo quedé enterrado por siglos hasta que tus nietos lo desentierren.

Que el viento tibio acaricie la espalda de los lagos y eleve tu soledad a los valles lejanos y a través de los entierros olvidados. Que tu palabra no muera mientras los árboles murmuren y los trece infiernos se llenen de almas. Que el jade queme tu pulso y la obsidiana como sangre ardiente apague el atardecer de tus ojos. El mundo es una flecha que disparas desde tu arco, donde nacen los maizales y el corazón de los enamorados.

Que las llamas cieguen los ojos de tus enemigos y su sombra haga temblar al suelo. Sacrificio será el fuego que te condene y la poesía tu único perdón. Que la carne de tu cuerpo sea la ofrenda a las divinidades. Que un muro de calaveras se erija en el horizonte para que pienses en la muerte.

Ve y busca el mundo que te he preparado, el lugar donde el águila convive con la serpiente, donde tomarás las armas en mi nombre y en el que te daré el poder de convertir el agua en tierra y la tierra en hombres. Descanse tu ombligo en el ombligo de la luna, despierten tus ojos en la visión mágica de las tortugas, en la sabiduría de los astrónomos que te precedieron, hágase una ciudad sobre el agua, de luz y tinieblas, de cantos rodados y de piedras labradas con mis propias manos.

Quetzalcóatl

(antes de ir al exilio)

—No hay exilio para las serpientes, el hogar es el camino, es la tumba donde cae el sol sobre la tierra fértil. No hay pecado para las plumas coloridas, ni para el aire que corona la sabiduría. La ciudad cabe en mi pecho y la llevo conmigo a donde iré. No voy a las estrellas desde nos canta la señora de las aguas ni donde elevan su oración los ocelotes de cuatro colores. Tampoco intenten buscarme más en el templo donde fueron creados los gigantes. No voy a la profundidad de la Tierra, donde yace el barro con el que fue hecho el maíz. Del que ha surgido la noche y gritó, porque los hombres son más oscuros que ella. Recuerden que no voy a donde la mujer surgió de una pirámide de huesos ni a la ciudad que soñé en el cielo.

No provengo, como suelen decir, del otro lado del mundo. He dado mi calor al aliento en el que viajan los dioses, he alimentado al sol con mi propia culpa y he contemplado demasiadas vasijas en las que los hombres renacen a una vida desconocida. Yo soy el maíz que alimenta sus bocas, soy la nada impura que cubre el cielo desértico, soy las aves de vivos colores, y el veneno mortal de las serpientes que llevan a una muerte aparente, pues todas las muertes son más al igual que todas las vidas son un préstamo inexacto.

No tengo un solo nombre porque no pueden cortar mi mundo con palabras. Búsquenme en el riachuelo que refresca a los soles ardientes, en las montañas donde habitan los magos encargados de los puntos cardinales, en el lago que refleja el conejo que habita en la esfera lunar. Yo soy el pecado y la salvación, soy el que se embriaga voluntariamente para romper sus votos de celibato, soy el que llora desconsolado el exilio, soy el alma de esta tierra y soy un cielo en el que cruzan cometas crueles. Soy el

conquistador que confunde a los sabios y soy la epidemia y la plaga. Soy las espadas forjadas con la avaricia y las lenguas que escupen fuego.

Prepárenme una barca con pétalos de flores y ceniza de los volcanes, con la cal y la tinta de colores con la que pintan en los muros, vístanme de cinco soles y de corazones sangrantes, vístanme de añoranza y de confusión, de melancolía y de imperio. Vístanme de ciudades gemelas, de playas cálidas y transparentes, de mensajeros humeantes y carabelas.¡Oh sí!;Vístanme de carabelas! De hombres barbados sobre bestias desconocidas, de monedas y de yelmos, de nobles débiles y de razas cósmicas. Destruyan su ciudad ante el Dios falso, llenen sus venas con pulque en lugar de sangre, olviden sus flores y sus cantos, traicionen a su lengua como traicionarían a su madre y olvídenme.

Yo me embarcaré hacia mi mismo, seré una hormiga que cuidará las semillas. Enciendan fuego a mi barca, dejen que mis cenizas reposen en el fondo de los cenotes sagrados, y cuando al fin sientan que mi voz no se transforma en el aire, cuando descubran que los caminos rectos no llevan a ningún lado y sólo se debe viajar en espirales como la serpiente, entonces regresaré de entre los muertos, volveré con sus tesoros, con un sol naciente brillando en mi pecho, entonces cambiaré de piel en una misma mañana y me entregaré de nuevo a ustedes para que sean valiente y me exilien de nuevo.

Tláloc

(hablando a una mujer que duerme en Tlatelolco)

—No fui yo. Han sido los árboles dormidos y las ruinas mudas de lo que fue un imperio, fue el ejercito que me sacó con violencia de mi tumba para erigirme en su ciudad como un trofeo, han sido las nubes y los truenos que sangraban mientras atravesaba e inundaba la ciudad. Ha sido una piedra de sol a la que la luz no puede acariciar, ha sido una diosa fragmentada en mil pedazos debajo de la catedral, han sido los temblores de los cañones y los mártires. Ha sido la pierna faltante de un hombre común o el emperador que gobernaba a las mariposas. Tal vez fueron los que se traicionaron a sí mismos, pero yo no me lleve a tu hijo.

Te juro que no construí los edificios donde viven hacinados, ni cubrí el cielo de humo negro. Nunca imaginé que las islas de flores por las que esparcía el rocío de la lluvia y las tormentas tibias, desaparecerían. No imaginé que mis sacerdotes dejarían de saciar mi cansancio con sangre palpitante y cabezas humanas. Aún me amaban cuando decidí ir a dormir, cuando renuncié al nacimiento de un fuego nuevo, a los viejos temerosos y las mujeres sumisas ante mi poder. Pero en esta tierra nadie puede dormir ya, y tampoco despertamos del todo. Yo soy la lluvia y el granizo que canta al caer, soy una plaza donde las culturas se mezclan. Soy la magia que alimenta el lago, porque el lago sigue ahí aunque la gente no quiero verlo.

Soy las nubes, más bellas y caprichosas que las estrellas, soy las arañas que descubren el mundo en una gota de agua y una ciudad que emerge de las entrañas del polvo. Y tú, mujer que recuerdas a los grandes emperadores y a la ciudad flotaba, que buscas a tu hijo en los gigantescos árboles del valle y en la vista perdida del horizonte, acerca tu vientre a mi mano, acerca tu vientre a mis dientes filosos y al fuego de mis

cabellos. Entrégame las cenizas de tu hijo, entiérralo bajo mis pies, justo en el sitio donde el aire se convierte en agua, y deja de llorar.

Cascadas de rumores corren como niños en la ciudad tan grande, que en su corazón lleva un lago con aguas dulces y saladas como las lágrimas, y un remolino en el que las embarcaciones se juegan la vida. Basta con cerrar los ojos y escuchar ese rumor de las cenizas del mundo, y yo a cambio te daré otro hijo. Tu vientre se unirá a mi cuerpo divino, sentirás que el aliento sagrado se desvanece en tu cuerpo y nacerá una ciudad que nadie ha visto. Esta ciudad será para tu hijo, el hijo de un dios, el que volverá a amar el valle y se preparará para las balas en su cabeza. Esta ciudad es para la lluvia, para las águilas solares y la serpiente del tiempo. Para hombres asesinados por hombres y fantasmas en memorias oscuras.